

EL ENCUENTRO CON LA PALABRA DE LA VIDA

“El relato de Lucas sobre los discípulos de Emaús nos permite una reflexión ulterior sobre la unión entre la escucha de la Palabra y el partir el pan (cf. *Lc* 24,13-35). Jesús salió a su encuentro el día siguiente al sábado, escuchó las manifestaciones de su esperanza decepcionada y, haciéndose su compañero de camino, «les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura» (24,27). Junto con este caminante que se muestra tan inesperadamente familiar a sus vidas, los dos discípulos comienzan a mirar de un modo nuevo las Escrituras. Lo que había ocurrido en aquellos días ya no aparece como un fracaso, sino como cumplimiento y nuevo comienzo. Sin embargo, tampoco estas palabras les parecen aún suficientes a los dos discípulos. El Evangelio de Lucas nos dice que sólo cuando Jesús tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio, «se les abrieron los ojos y lo reconocieron» (24,31), mientras que antes «sus ojos no eran capaces de reconocerlo» (24,16). La presencia de Jesús, primero con las palabras y después con el gesto de partir el pan, hizo posible que los discípulos lo reconocieran, y que pudieran revivir de un modo nuevo lo que antes habían experimentado con él: *¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?* (24, 32).

Estos relatos muestran cómo la Escritura misma ayuda a percibir su unión indisoluble con la Eucaristía. Palabra y Eucaristía se pertenecen tan íntimamente que no se puede comprender la una sin la otra: la Palabra de Dios se hace sacramentalmente carne en el acontecimiento eucarístico. La Eucaristía nos ayuda a entender la Sagrada Escritura, así como la Sagrada Escritura, a su vez, ilumina y explica el misterio eucarístico. En efecto, sin el reconocimiento de la presencia real del Señor en la Eucaristía, la comprensión de la Escritura queda incompleta” (*Verbum Domini*, 54-55).

1. DIAGNÓSTICO DE UNA SITUACIÓN

Las Iglesias cristianas se enfrentan hoy en Europa a grandes desafíos: se observa una disminución en el número de sus miembros, así como en la asistencia al culto divino, y se entibia también el compromiso voluntario en las parroquias. ¿De qué manera es posible entusiasmar de nuevo a la gente por la fe cristiana? En esta época de creciente “desclesialización” y secularización es necesario preguntarse: ¿de dónde podemos extraer la energía necesaria para acometer la acuciante tarea de revitalizar la fe? ¿Cómo cabe propiciar hoy la nueva evangelización y la misión cristiana?

Hoy volvemos a encontrarnos en una situación nueva que ya el papa Benedicto XVI diagnosticó en el sentido de que la mayoría de los cristianos actuales se encuentran de hecho en estado de catecumenado. En la situación actual, las vías de transmisión de la fe y de iniciación a ella y los lugares de aprendizaje a ellas asociados (familia, parroquia, escuela), resultado todo ello de una evolución histórica, se debilitan progresivamente o han desaparecido por completo. A su vez, en muchas *familias* apenas tiene lugar ya la socialización primaria en la vida eclesial, en la *escuela* se hace cada vez más precaria la transmisión de la fe e, incluso la *catequesis*, que siempre había sido capaz de desempeñar un papel subsidiario, ahora difícilmente puede edificar sobre fundamentos de fe ya existentes.

El desafío primordial al que se enfrenta la *nueva evangelización* es la crisis de fe de los propios cristianos y de la Iglesia. El oscurecimiento de Dios en la Iglesia es un

problema fundamental. Porque hemos perdido de vista lo verdaderamente importante, ya solo nos ocupamos de problemas secundarios. Todo ello ocasiona que las personas no puedan percibir más que la dimensión horizontal de la Iglesia. Sin embargo, sólo la dimensión vertical, la dimensión divina, puede hacer a la Iglesia atractiva a largo plazo y vincular en sentido positivo a las personas con la Iglesia como comunidad de salvación.

La nueva evangelización conoce el éxito allí donde los cristianos van más allá de los asuntos cotidianos de política intraeclesial, organización y estructuras e, inspirándose en la riqueza de la fe católica, ofrecen una respuesta consistente a lo verdaderamente importante y esencial de las preguntas existenciales de las personas. Esta función de “abrirle la puerta a Dios” solo puede desempeñarla la Iglesia si extrae su energía del encuentro con la Palabra de Dios.

Una fe “lavada con suavizante” que haya perdido de vista a Dios y ya solo aparezca como doctrina moral para mejorar el mundo es incapaz de irradiar a la larga atractivo alguno y de crear auténtica vinculación con la Iglesia. Ésta no puede presentarse únicamente como una agencia de ética y valores, sino que debe hacerlo como religión, como oferta salvífica por parte de Dios. Y esto no significa olvido del ser humano; al contrario, destacar la prioridad de Dios y de lo divino en la Iglesia es la fuente de que los seres humanos pueden entrar con confianza en el misterio de la salvación que Dios ofrece por medio de su misericordia.

El Evangelio de Jesucristo no es un edificio doctrinal ni una ideología sobre cómo mejorar nuestro mundo. Es la Palabra de Dios, es una Palabra de Vida. El Evangelio es Jesucristo en persona, el Dios sobre el que edificamos nuestra vida y en el que ponemos nuestra confianza. Si la Iglesia únicamente se manifiesta como una asociación humanista mejor que otras, y como tal es percibida, se hace a sí misma superflua a largo plazo. Únicamente a través del testimonio creíble y vivo de los cristianos a favor de Cristo puede hacer que su mensaje sea atractivo y con capacidad de dar razón de sí. La evangelización únicamente puede ser llevada a cabo con éxito por personas que, entusiasmadas por Dios, den testimonio a favor de Él con sus palabras y sus hechos¹.

Desde el pontificado de Juan Pablo II se viene hablando de “nueva evangelización”, expresión que ha hecho suya tanto Benedicto XVI como Francisco. Nueva evangelización no hace referencia a un evangelio nuevo ni a un evangelio acomodado a nuestra época, pues el Evangelio nunca se amolda ni resulta cómodo. Siempre es escandaloso, siempre desentona. Para Juan Pablo II, “nueva evangelización” es la que se realiza en los países de antigua tradición cristiana en los que grupos enteros de bautizados han perdido la fe viva, se han alejado de Cristo y del Evangelio y no se sienten ya miembros de la Iglesia (cf. *RM*, 33).

La nueva evangelización es un desafío espiritual que no consiste en ofrecer recetas, ni programar nuevas acciones, ni tampoco crear comisiones u organizar congresos. Se trata de hablar de Dios y de Jesucristo de forma nueva, interpelante y enardecedora, de modo que las personas se sientan conmovidas y afectadas en su corazón y en su vida, el mundo sea transformado y la Iglesia vuelva a convertirse en hogar para

¹ Cf. G. Augustin (Ed.), *El desafío de la nueva evangelización. Impulsos para la revitalización de la fe*, Sal Terrae, Santander 2012, 9-17.

muchos que se interrogan y buscan. O dicho de manera más sencilla: se trata de suscitar de nuevo fe, esperanza y amor².

Esencialmente la nueva evangelización está más dirigida a los bautizados que a los no bautizados. Es para aquellos que no han recibido una catequesis adecuada, pero cuya secularización ha sido de lo más adecuada, y para aquellos que han acabado siendo descristianizados, precisamente cuando estaban siendo sacramentalizados. Y que nadie se engañe, no son pocos los católicos que están en esa situación³.

¿Por qué vivimos en España, se preguntaba el Cardenal Sebastián Aguilar hace unos años, un tiempo de evangelización? Porque en pocos años se ha precipitado un cambio cultural profundo que venía gestándose desde hace dos siglos. Porque está terminando el ciclo cultural en el cual la fe cristiana estaba arraigada. Porque nuestra sociedad ha comenzado a vivir en una nueva cultura envolvente que es fruto de muchos cambios objetivos y de la influencia de una visión atea de la vida, productora de ateos⁴.

Ante lo que acabamos de presentar, conviene decir a continuación: ¡que no cunda el pánico! La fe, como respuesta cordial a una palabra que viene de Dios a través de testigos, no es evidente y esto conlleva que pueda ser rechazada e incluso atacada. Conviene recordar esto desde el principio para no caer en el error de pensar que el proceso evangelizador se ha realizado sin problemas, como si todo hubiera sido un camino llano. A todos aquellos que sienten nostalgia de los supuestos tiempos pasados, hay que recordarles las palabras de San Agustín: “en realidad juzgas que esos tiempos pasados son buenos, porque no son los tuyos”.

Ahora bien, dicho esto, hemos de reconocer que estamos en un momento crítico en el que somos conscientes de las dificultades por las que pasa el anuncio del Evangelio en esta hora de nuestra historia. El papa Francisco, dirigiéndose al episcopado brasileño en Río de Janeiro, les decía: “no estamos en una época de cambios, sino en un cambio de época”.

Solo una Iglesia que renueva su escucha de la Palabra está en condiciones de llevar a cabo la “nueva evangelización”. Esta evangelización al interior de la Iglesia comporta, en primer lugar, la escucha atenta y cordial de la Palabra de la Vida y, posteriormente, la formación en la fe de los propios creyentes, a fin de que sean capaces de dar razón de su fe. De este modo, la Iglesia misma se convertirá en una Iglesia orante y adoradora de Dios.

2. VOCACIÓN DE LOS PRIMEROS DISCÍPULOS

“Al día siguiente, estaba Juan Bautista con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dice: “Este es el Cordero de Dios”. Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que le seguían, les pregunta: “¿Qué buscáis?” Ellos le contestaron: “Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?” Él les dijo: “Venid y veréis” Entonces fueron, vieron donde vivía y se quedaron con él aquel día; era como la hora décima” (Jn 1, 35-39).

² Cf. W. Kasper, “La nueva evangelización: un desafío pastoral, teológico y espiritual”, en G. Augustin (Ed.), *El desafío de la nueva evangelización. Impulsos para la revitalización de la fe*, 29-32.

³ Cf. S. Hahn, *La evangelización de los católicos. Manual para la misión de la Nueva Evangelización*, Palabra, Madrid 2015, 16.

⁴ Cf. *Evangelizar*, Encuentro, Madrid 2010, 108-109.

La importancia de este pasaje se centra en el origen de la fe y en su transmisión mediante el testimonio. Nos encontramos frente a un itinerario de fe y un descubrimiento del misterio de Jesús por medio del conocimiento gradual y la adhesión de los discípulos.

Una de las lecciones de este texto es que, a pesar de que todos tenemos personas y valores de referencia en nuestras vidas, todo se convierte en relativo cuando de verdad encontramos lo que realmente nos atrae porque responde de lleno a lo que estábamos buscando. Por ello, cuando los dos discípulos de Juan el Bautista oyen que éste les señala a Jesús, diciendo: “*este es el cordero de Dios*”, dejan a su maestro y, como empujados por una fuerza irresistible, siguen a Jesús. Al igual que aquel que encuentra un tesoro escondido en el campo, lleno de alegría, vende todo lo que tiene para comprar el campo y así quedarse con el tesoro (cf. Mt 13, 44), estos discípulos, al haber encontrado el tesoro que satisface plenamente el deseo profundo de su corazón (su encuentro con Jesús), no les importa abandonar todo aquello que hasta entonces ayudaba a dar sentido a su vida. Como muy bien señala González de Cardedal,

“quien ha divisado a Dios, aunque sea en la lejanía, no puede dejar de marchar hacia Él, y quien se ha encontrado con Él ya no puede olvidarlo. Dará testimonio e intentará mostrar con la totalidad de su vida que esa propuesta creyente es más racional por responder a más exigencias y posibilidades del hombre y, por tanto, ya necesaria”⁵.

En este sentido, conviene destacar un aspecto de la fe cristiana que la lectura de la historia de Abrahán nos ayuda a comprender, tal como señala el Papa Francisco en su primera encíclica:

“la Palabra de Dios, aunque lleva consigo novedad y sorpresa, no es en absoluto ajena a la propia experiencia del patriarca. Abrahán reconoce en esa voz que se le dirige una llamada profunda, inscrita desde siempre en su corazón (...) El Dios misterioso que lo ha llamado no es un Dios extraño, sino aquel que es origen de todo y que todo lo sostiene”⁶.

Por último, esta página del evangelio de san Juan, que narra la vocación de los primeros discípulos, nos da testimonio de algo que es válido desde entonces y que lo será siempre. Nos ofrece el testimonio de cómo el hombre ha entendido, entiende y entenderá quién es Cristo. Personas que, sin habérselo nunca imaginado, siguen por curiosidad a aquel hombre y se quedan con él hasta la noche, olvidándose incluso de ir a trabajar; quedan tan impresionadas que repiten como verdadera una afirmación que tal vez él mismo hizo y que respondía a todas las esperanzas de su tiempo⁷.

“Maestro, ¿dónde vives?” Esta fue la pregunta de los primeros discípulos en aquel día inolvidable en que ellos por primera vez se encontraron con Jesús. Se fueron con él, vieron dónde vivía y pasaron aquel día con él. Incluso a edad avanzada el discípulo a quien Jesús amaba recordaba muy bien aquel encuentro: “era como la hora décima” (las cuatro de la tarde). Desde aquella primera hora comenzó una comunidad, una comunión de vida con él; comenzó *la Iglesia*. Pues, ¿qué es la Iglesia sino una *comunidad de vida con Jesucristo*? Comenzó cuando Juan el Bautista se dirigió a “dos de sus discípulos” que estaban a su lado e hizo que se fijaran en Jesús. Allí comenzó el camino de la intimidad

⁵ O. González de Cardedal, *El hombre ante Dios, Sígueme*, Salamanca 2013, 42.

⁶ *Lumen fidei*, 11.

⁷ Cf. L. Giussani, *Curso básico de cristianismo*, Encuentro, Madrid 2007, 272-273.

con Jesús, el camino por el que el evangelista Juan y los demás que se añadirían pronto serán conducidos por Jesús mismo al *lugar más interior*, donde El habita.

De este lugar puede decir Juan a la luz de la fe pascual: “A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer” (Jn 1, 18). En este “lugar de su reposo”, en el seno del Padre, introducirá Jesús a los demás. De allí viene Jesús. *Él es el único* que revela al Padre (Jn 1, 18). Y la revelación que el Hijo Jesús nos trae desde el corazón del Padre dice así: “Padre..., la vida eterna consiste en esto: en que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, tu enviado” (Jn 17, 3). Allí en el corazón del Padre, no sólo reposa el Hijo; de allí procede el decreto de la creación, el plan de la comunión que se llama y es la Iglesia.

Todo esto se halla aún oculto en esa primera hora del *encuentro*. ¿Qué habló Jesús con ellos cuando “pasaron aquel día con él”? (Jn 1, 39). Es curioso que Juan guarde silencio sobre ello a pesar de ser el evangelista que, como ningún otro, transmite las palabras más íntimas de Jesús a sus discípulos (Jn 13-17). Este primer encuentro se guarda como un misterio en su corazón. Y, sin embargo, es como si todo lo que sucedió más tarde se encontrara ya oculto en el misterio de esa hora. Lo decisivas que fueron las horas pasadas con Jesús lo vemos por lo que ocurrió al día siguiente: Andrés lleva a Simón a donde estaba Jesús: “Hemos encontrado al Mesías” (Jn 1, 41). Y un día después Natanael dice a Jesús: Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel” (Jn 1, 49).

3. ETAPAS DEL ENCUENTRO DE DIOS CON LA HUMANIDAD

En el Mensaje de la XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, que se celebró en el Vaticano del 5 al 26 de octubre de 2008 con el tema *La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia*, se propone un viaje espiritual que se desarrolla en *cuatro etapas* y desde la eternidad de Dios nos conduce hasta nuestras casas y las calles de nuestras ciudades.

La **primera etapa** es la *Revelación*, la voz de la Palabra. Esta voz entra en escena con la creación, cuando rasga el silencio de la nada: **“En el principio...dijo Dios: ‘haya luz’ y hubo luz”**. (Gn 1, 1.3). **“En el principio existía la Palabra... y la Palabra era Dios... Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada”** (Jn 1, 1-3). Hay una primera revelación “cósmica” que hace que lo creado se asemeje a una especie de inmensa página abierta delante de toda la humanidad, en la que se puede leer un mensaje del Creador:

“Los cielos cuentan la gloria de Dios, el firmamento anuncia la obra de sus manos; el día comunica el mensaje, la noche a la noche le pasa la noticia. Sin hablar y sin palabras, y sin voz que pueda oírse, por toda la tierra resuena su proclama, por los confines del orbe” (Sal 19, 2-5).

Pero la Palabra divina también está en la raíz de la historia humana. El hombre y la mujer, que son **“imagen y semejanza de Dios”** (Gn 1, 27) y que por tanto llevan en sí la huella divina, pueden entrar en diálogo con su Creador o pueden alejarse de él y rechazarlo por medio del pecado. Así pues, la Palabra de Dios salva y juzga, penetra en la trama de la historia con su tejido de situaciones y acontecimientos: **“He visto la angustiada situación de mi pueblo en Egipto, he escuchado los gritos de dolor que le causan sus opresores y conozco sus calamidades. Ahora he decidido librarlos del poder de los egipcios y sacarlos de ese país para conducirlos a una tierra fértil y espaciosa”** (Ex 3, 7-8). Hay, por tanto, una presencia divina en las situaciones humanas que, mediante la acción

del Señor de la historia, se insertan en un plano más elevado de salvación, para que **“todos se salven y conozcan la verdad” (1 Tim 2, 4).**

Hay una etapa posterior en el que la voz divina se hace Palabra escrita, las Escrituras sagradas, como se dice en el Nuevo Testamento. Las Sagradas Escrituras son el “testimonio” en forma escrita de la Palabra divina, son el memorial canónico, histórico y literario que atestigua el acontecimiento de la Revelación creadora y salvadora. Por tanto, la Palabra de Dios precede y excede la Biblia, si bien está “inspirada” por Dios y contiene la Palabra divina eficaz. Por este motivo nuestra fe no tiene en el centro sólo un libro, sino una historia de salvación y una persona, Jesucristo, Palabra de Dios hecha carne, hombre, historia.

La **segunda etapa** es *Jesucristo*, el rostro de la Palabra. **“En el principio ya existía la Palabra; y la Palabra estaba junto a Dios y era Dios” (Jn 1, 1).** La Palabra eterna y divina entra en el espacio y en el tiempo y asume un rostro y una identidad humana. Cristo es la Palabra que estaba junto a Dios y es Dios, es **“la imagen del Dios invisible, el primogénito de todo lo creado” (Col 1, 15).** Pero también es Jesús de Nazaret, que camina por las calles de una provincia marginal del imperio romano, que habla una lengua local, que presenta los rasgos de un pueblo, el judío, y de su cultura. El Jesucristo real es, por tanto, carne frágil y mortal, es historia y humanidad, pero también es gloria, divinidad, misterio: Aquel que nos ha revelado el Dios que nadie ha visto jamás (Jn 1, 18).

Así pues, la tradición cristiana ha puesto a menudo en paralelo la Palabra divina que se hace carne con la misma Palabra que se hace libro. La Biblia es también “carne”, “letra”, se expresa en lenguas particulares, en formas literarias e históricas, en concepciones ligadas a una cultura antigua, guarda la memoria de hechos a menudo trágicos, sus páginas están surcadas no pocas veces de sangre y violencia, de risas y lágrimas. Debido a esta dimensión “carnal”, exige un análisis histórico y literario, que se lleva a cabo con la ayuda de la exégesis. Cada lector de las Sagradas Escrituras, incluso el más sencillito, debe tener un conocimiento proporcionado del texto sagrado recordando que la Palabra está revestida de palabras concretas a las que se pliega y adapta para ser audible y comprensible a la humanidad.

Este es un compromiso necesario: si se lo excluye se podría caer en el *fundamentalismo* que prácticamente niega la encarnación de la Palabra divina en la historia, no reconoce que esa palabra se expresa en la Biblia según un lenguaje humano, que tiene que ser descifrado, estudiado y comprendido, e ignora que la inspiración divina no ha borrado la identidad histórica y la personalidad propia de los autores humanos. He aquí, por tanto, la necesidad de la **“viva Tradición de toda la Iglesia” (DV 12)** y de la fe para comprender de modo unitario y pleno las Sagradas Escrituras. Si nos detenemos sólo en la “letra”, la Biblia entonces se reduce a un solemne documento del pasado, un noble testimonio ético y cultural. Pero si se excluye la encarnación, se puede caer en el equívoco fundamentalista o en un vago *espiritualismo* o *psicologismo*.

La **tercera etapa** es la *Iglesia* como la Casa de la Palabra. Al igual que la sabiduría divina en el Antiguo Testamento edificó su casa en la ciudad de los hombres y de las mujeres, sosteniéndola sobre sus siete columnas (Pro 9, 1), también la Palabra de Dios tiene una casa en el Nuevo Testamento: es la Iglesia que posee su modelo en la comunidad-madre de Jerusalén, la Iglesia fundada sobre Pedro y los apóstoles y que hoy, a través de los obispos en comunión con el sucesor de Pedro, sigue siendo garante,

animadora e intérprete de la Palabra. El apóstol Pablo nos dice: **“la fe surge de la proclamación, y la proclamación se realiza mediante la palabra de Cristo” (Rm 10, 17)**. Desde la Iglesia sale la voz del mensajero que propone a todos el *kerygma*, el anuncio primero que el mismo Jesús había proclamado al comienzo de su vida pública. Las cuatro columnas que sostienen el edificio espiritual de la Iglesia son: la *predicación* por medio del anuncio, la catequesis y la homilía; la *fracción del pan*; las *oraciones* (salmos, himnos y alabanzas espontáneas -Col 3, 16-); la *comunión fraterna* -koinonia-, otro de los nombres del ágape, del amor cristiano.

La **cuarta etapa** es la *misión* como los caminos de la Palabra. La Palabra de Dios personificada “sale” de su casa, del templo, y se encamina a lo largo de los caminos del mundo para encontrar la gran peregrinación que los pueblos de la tierra han emprendido en la búsqueda de la verdad, de la justicia y de la paz. Cristo resucitado lanza la llamada a los apóstoles, titubeantes para salir de las fronteras de su horizonte protegido: **“Id, pues, y haced discípulos a los habitantes de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a cumplir todo lo que yo os he mandado” (Mt 28, 19-20)**. La Biblia está llena de llamadas a “no callar”, a “gritar con fuerza” a “anunciar la Palabra en el momento oportuno e inoportuno” a ser guardianes que rompen el silencio de la indiferencia. La Iglesia, por su misma naturaleza, es *misionera*. Su tarea principal es la *evangelización*.

“No podemos guardar para nosotros las palabras de vida eterna que hemos recibido en el encuentro con Jesucristo: son para todos, para cada hombre. Toda persona de nuestro tiempo, lo sepa o no, necesita este anuncio. El Señor mismo, como en los tiempos del profeta Amós, suscita entre los hombres nueva hambre y nueva sed de las palabras del Señor. Nos corresponde a nosotros la responsabilidad de transmitir lo que, a su vez, hemos recibido por gracia” (VD, 91).

Es así como hay que entender la gran apuesta del papa Francisco desde el comienzo de su pontificado: pasar de una pastoral comprendida como “una simple administración” a una “conversión pastoral y misionera” (EG, 25).

“Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la auto-preservación. La reforma de las estructuras que exige la conversión pastoral sólo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad” (EG, 27).

4. EL MUNDO POSTCRISTIANO QUE HABITAMOS

Difícilmente podremos llevar a cabo la conversión pastoral a la que nos invita el Papa Francisco sin tener un conocimiento preciso del mundo que habitamos y al que nos dirigimos. Francisco reconoce que hay un “exceso de diagnóstico” en nuestra sociedad a la hora de plantearse lo que nos está pasando, pero que estos análisis no siempre van acompañados de propuestas que nos permitan superar las situaciones difíciles por las que pasa nuestro mundo. Con la propuesta de análisis que nos ofrece, en la que nos invita a estudiar los “signos de los tiempos”, pretende con mirada pastoral fijarse “en algunos

aspectos de la realidad que puede detener o debilitar los dinamismos de renovación misionera de la Iglesia, sea porque afectan a la vida y a la dignidad del Pueblo de Dios, sea porque inciden también en los sujetos que participan de un modo más directo en las instituciones eclesiales y en tareas evangelizadoras” (EG, 51).

Al presentar los desafíos que plantea nuestro mundo a la fe, sin dejar de reconocer los avances que se han dado en los diversos ámbitos de la sociedad, incide en las condiciones precarias en las que viven gran parte de la humanidad, así como la ambigüedad generada por el desarrollo científico y técnico que, al tiempo que nos permiten conocer mejor la realidad, son “fuentes de nuevas formas de un poder muchas veces anónimo” (EG, 52).

Para Francisco, en la raíz de los males sociales se encuentra la *inequidad*, dando lugar a una cultura del “descarte” en la que los excluidos, a la vez que explotados, son “sobrantes”. Esto es consecuencia de una sacralización de los mecanismos del sistema económico imperante que, en vez de incorporar a los excluidos, promueve una “globalización de la indiferencia” sostenida por una cultura del bienestar, que nos anestesia con la ayuda eficaz del consumo. Francisco se muestra crítico frente a aquellas ideologías que al defender la autonomía absoluta de los mercados y la especulación financiera se muestran reacios a cualquier control por parte de los Estados en su tarea de velar por el bien común. Tras esta actitud se esconde, a su juicio, un rechazo de la ética y de Dios. De la *ética* porque se la siente como una amenaza al condenar la manipulación y degradación de la persona que provoca el sistema económico; de *Dios* porque es inmanejable, incontrolable y llama al ser humano a rebelarse frente a cualquier tipo de esclavitud.

La preocupación de Francisco por los pobres no responde a consideraciones sociológicas o políticas, sino fundamentalmente teológicas, pues “de nuestra fe en Cristo hecho pobre, y siempre cercano a los pobres y excluidos, brota la preocupación por el desarrollo integral de los más abandonados de la sociedad” (EG, 186), por lo que “cada cristiano y cada comunidad están llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación y promoción de los pobres, de manera que puedan integrarse plenamente en la sociedad” (EG, 187).

Francisco es consciente de que los retos que tiene que afrontar la Iglesia no se reducen, por importantes y urgentes que sean, al ámbito *económico y social*, sino que hay otros que podemos calificar de *culturales*, cuando damos a esta palabra el sentido sociológico que la antropología cultural ha ido proponiendo desde finales del siglo XIX, a saber, la cultura es la actividad libre del hombre sobre la naturaleza y el mundo en el que se inserta, de manera que toda cultura presenta una definición de realidad compartida por un pueblo o una sociedad. La cultura designa entonces los rasgos característicos de un grupo humano, sus modos típicos de pensar, de comportarse, de humanizar un ambiente determinado. Cada comunidad humana se reconoce por su cultura propia. Esta realidad cultural, colectiva e histórica, se percibe hoy como objeto de evangelización. No basta ya solamente con llegar a los individuos uno por uno; importa alcanzarlos en su cultura para evangelizarla como señaló Pablo VI:

“Para la Iglesia no se trata solamente de predicar el Evangelio en zonas geográficas cada vez más vastas o poblaciones cada vez más numerosas, sino de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos

de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el diseño de salvación”⁸.

Así pues el Evangelio se dirige al mismo tiempo a la conciencia individual y a la conciencia colectiva, intentando regenerar la cultura de las personas así como la cultura de los grupos humanos, es decir, las mentalidades típicas de un ambiente determinado. Estas mentalidades suponen desafíos para la tarea evangelizadora de la Iglesia.

Entre estos desafíos, Francisco señala los *ataques a la libertad religiosa* o las nuevas persecuciones a los cristianos que, si bien en algunos países se presentan con toda violencia, en otros es fruto de una *indiferencia relativista*, consecuencia del desencanto postmoderno y la crisis de las ideologías (EG, 61).

En efecto, todos los “ídolos” de la modernidad se han roto uno detrás de otro: el mito ilustrado de la “diosa razón”, que por sí sola habría podido hacer cualquier cosa, se ha disuelto con el nihilismo; el mito del “progreso indefinido”, nacido con la revolución industrial, se ha quebrado contra las contradicciones del capitalismo salvaje; la autosuficiencia de los “nacionalismos” de la primera mitad del Novecientos y de los regímenes nacidos de la Revolución de Octubre, abriendo la vía a guerras mundiales y a horribles genocidios; el mito del “desarrollo” ha terminado con crear nuevas formas de colonialismo y ha conducido al mundo al borde de la catástrofe ecológica; en fin, también el espejismo ideológico de la “liberación”, según el cual el hombre estaría libre de todas las cadenas con sus mismas manos, ha quedado sepultado bajo los escombros del muro de Berlín⁹.

Muy unido a este clima relativista, Francisco señala como rasgo cultural *el vivir en la superficie, en lo inmediato, en la apariencia*, elementos propios de un individualismo que despide sin nostalgia ideales asociados a compromisos a favor de los demás. Ve también con preocupación la *invasión cultural provocada por la globalización*, con el consiguiente deterioro de las raíces culturales de los pueblos colonizados económicamente. En este proceso, haciendo uso de las reflexiones de los obispos africanos y asiáticos, señala cómo las grandes empresas de medios de comunicación del primer mundo provocan nuevas formas de conducta, que ponen en peligro los valores tradicionales de dichas culturas¹⁰.

Otro desafío a nuestra fe son los *nuevos movimientos religiosos*, algunos de corte fundamentalista y otros que presentan una espiritualidad sin Dios, surgidos como reacción al individualismo imperante en Occidente -exportado vía globalización a otros continentes- y al racionalismo secularista (EG, 63). Más que el ateísmo, dice Francisco, hoy el desafío está “en responder adecuadamente a la sed de Dios de mucha gente, para que no busquen apagarla en propuestas alienantes o en un Jesucristo sin carne y sin compromiso con el otro”¹¹.

Y es que la muerte sociológica de Dios no ha impedido que el pensamiento, tras la crisis de la razón ilustrada, haya vuelto su mirada hacia la religión, no ya para hablar

⁸ *Evangelii nuntiandi*, 19.

⁹ Cf. B. Sorge, *Introducción a la Doctrina Social de la Iglesia*, (nueva edición revisada y aumentada), Sal Terrae, Santander 2017, 226-227.

¹⁰ Cf. *Evangelii gaudium*, 62.

¹¹ *Evangelii gaudium*, 89.

de un Absoluto confinado en los límites de nuestra razón, sino como posible fuente de sentido de la que extraer inspiración para dar cuenta de un ser humano que se resiste a ser tratado como un objeto más al que se le aplica la pretendida objetividad del positivismo. Si bien en muchos de estos nuevos movimientos religiosos se trata más de un regreso del sentimiento religioso que de una adhesión personal a Dios, no se puede negar que muchas personas vuelven a interesarse por una dimensión de la existencia humana que caracterizan, según los casos, como espiritual, religiosa o sagrada¹².

Tampoco hay que olvidar, apunta Francisco, que la desafección a la Iglesia de parte del pueblo creyente se debe también a unas estructuras poco acogedoras y al predominio en nuestras comunidades parroquiales de lo administrativo frente a lo pastoral, así como a una excesiva sacramentalización frente a un déficit de otras formas de evangelización (EG, 63). El testimonio de los santos, ha escrito Francisco, nos recuerda que la Iglesia no necesita tantos burócratas y funcionarios, sino misioneros apasionados, devorados por el entusiasmo de comunicar la verdadera vida. Los santos sorprenden, desinstalan, porque sus vidas nos invitan a salir de la mediocridad tranquila y anestesiante” (GE, 138).

Una de las consecuencias del proceso secularizador, escribe Francisco, es la *reducción de la confesión de fe al ámbito de lo privado*, dejando el espacio público a otras presencias y convicciones. Pero también, apunta él mismo, la negación de Dios va acompañada de una clara deformación ética, un debilitamiento del sentido del pecado y un aumento del relativismo, lo que acaba provocando, sobre todo en los adolescentes y jóvenes, inestabilidad, desconcierto y un conformismo con las modas del momento (EG, 64). Esta privatización de la fe, consecuencia del proceso secularizador de las sociedades modernas, presenta su lado positivo si la entendemos como la aceptación de una fe personalizada -frente a la presión social de la época de cristiandad- y como respeto a otras creencias y convicciones; pero tiene también su lado oscuro cuando es sinónima de una confesión vergonzante y acomplexada de la fe, con miedo a ser testimoniada y a dar razón de la misma en medio del espacio público¹³.

La presencia pública de la religión, más concretamente el cristianismo, en el ámbito social está siendo una de las cuestiones más debatidas en el momento actual. En un encuentro con el episcopado brasileño, durante la Jornada Mundial de Río de Janeiro, Francisco les decía:

“En el ámbito social, sólo hay una cosa que la Iglesia pide con particular claridad: la libertad de anunciar el Evangelio de modo integral, aun cuando esté en contraste con el mundo, cuando vaya contracorriente, defendiendo el tesoro del cual es solamente guardiana, y los valores de los que no dispone, pero que ha recibido y a los cuales debe ser fiel”¹⁴.

Este comportamiento intolerante y discriminatorio es resultado de la oposición a rasgos específicos de la fe cristiana o a posicionamientos morales que son parte intrínseca de la religión cristiana, así como de un sesgo negativo contra los cristianos o contra el cristianismo en su conjunto. Sin embargo, señala Francisco, a pesar de la corriente

¹² Cf. A. Revilla, “Anunciar a Jesucristo en la sociedad postmoderna”, en *Teología y catequesis* 118 (abril-junio 2011), 102-103.

¹³ Cf. G. Amengual, *La religión en tiempos de nihilismo*, PPC, Madrid 2006, 25.

¹⁴ Francisco, *Discurso en el encuentro con el Episcopado brasileño*, Río de Janeiro, 27.7.2013.

secularista presente en tantos países, *se reconoce a nivel internacional el papel que juega la Iglesia* en cuestiones sociales, de paz, de derechos humanos, pero “nos cuesta mostrar que, cuando planteamos otras cuestiones que despiertan menor aceptación pública, lo hacemos por fidelidad a las mismas convicciones sobre la dignidad humana y el bien común” (EG, 65). Aunque no las cita, no hace falta ser muy inteligente para darse cuenta de que esas cuestiones tienen que ver, en gran medida, con las referidas al ámbito familiar, educativo y bioético, en las que el pensamiento dominante mantiene desde hace mucho tiempo grandes diferencias con las propuestas que presenta la Iglesia. A los promotores de esas propuestas religiosas se les dice que pueden defender sus valores en el ámbito privado pero que esos valores no incumben a la esfera pública.

Por eso, también señala, como un serio desafío de la cultura actual, la *crisis cultural de la familia*, debido a la fragilidad de sus vínculos. Se reduce el matrimonio a una experiencia gratificante en el terreno de los sentimientos, dejando a un lado el compromiso de por vida.

En el origen de estos planteamientos se encuentra un creciente individualismo, en el que el hombre acaba mostrando su desinterés por los “otros” que conviven con él (EG, 66-67). El resultado es una *sociedad de la desvinculación* en la que hombres y mujeres persiguen como único bien superior, ante el cual todo lo demás se supedita, la autodeterminación individual, la propia realización personal entendida como satisfacción de los impulsos, las tendencias y los deseos¹⁵.

Francisco destaca la importancia de una cultura que ha sido configurada por la fe, pues frente al secularismo reinante tiene más recursos para defenderse. “Una cultura popular evangelizada contiene valores de fe y de solidaridad que pueden provocar el desarrollo de una sociedad más justa y creyente, y posee una sabiduría peculiar que hay que saber reconocer con una mirada agradecida” (EG, 68). De ahí que el Papa invite a evangelizar las culturas con el fin de inculturar el Evangelio. En realidad se puede decir que la inculturación no es más que un aspecto de la evangelización de la cultura, es decir, el encuentro salvador del evangelio de Cristo, no con un hombre individualmente, sino con una cultura. La Iglesia ha tomado conciencia de que una labor que se limitara al anuncio individual de la fe a las personas carecería de eficacia si no fuese acompañada de un cambio en el sistema de valores, creencias y comportamientos en el que viven esas personas. Por eso, Juan Pablo II afirmó en varias ocasiones que “una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida”.

Esta evangelización de la cultura se ha dado siempre en la historia, aun cuando no se empleara esta misma expresión. En el campo del pensamiento y en el de la expresión artística, a lo largo de la historia, se puede comprobar cómo el evangelio ha interactuado tanto con las personas como con las costumbres e instituciones. El evangelio ha transformado y creado una cultura nueva. La novedad consiste en que, lo que en otros tiempos se realizaba en una paciente labor de siglos, exige hoy un esfuerzo consciente de que la cultura es un campo específico para evangelizar. De ahí que Francisco señale que en los países de tradición católica la evangelización de la cultura se traduzca en un acompañamiento que cuide y fortalezca la riqueza que ya existe, mientras que en aquellos que se encuentran muy secularizadas se trata de procurar nuevos procesos de evangelización (EG, 69).

¹⁵ Cf. J. Miró, *La sociedad desvinculada. Fundamentos de la crisis y necesidad de un nuevo comienzo*, Stella Maris, Barcelona 2014.

El Papa resalta la importancia de la piedad popular, que no se reduce a un cristianismo de devociones o de revelaciones privadas, utilizadas a veces para obtener beneficios económicos o poder sobre los demás, olvidando la promoción social y la formación de los fieles. Es esta piedad popular el mejor punto de partida para hacer frente a algunas debilidades presentes todavía en culturas populares de poblaciones católicas como el machismo, el alcoholismo, la violencia doméstica y otras. Reconoce también la dificultad en la transmisión de la fe, que se ha instalado en la comunidad cristiana, y las posibles causas que la han generado (EG, 70).

Más de la mitad de la población que habita en la tierra vive en las ciudades. Este porcentaje alcanzará el 60% de los habitantes del mundo en el año 2030 según se afirma en el informe de El Fondo de Población de la Naciones Unidas (UNFPA) de 2007. En 1950 sólo Nueva York tenía más de 10 millones de habitantes. El siglo XXI comenzó con quince megalópolis más. Podemos, pues, decir que gran parte de nuestro mundo vive en las ciudades. No es de extrañar que Francisco dedique varios números de la exhortación (71-75) a los desafíos que supone para la fe las *culturas urbanas*. Afrontar estos desafíos nos exige que contemplemos la ciudad con una mirada de fe, que descubra a Dios habitando en medio de sus hogares, calles y plazas (EG, 71)¹⁶. Ya en *Aparecida*, los obispos latinoamericanos reconocían que “el cristiano de hoy no se encuentra más en la primera línea de la producción cultural, sino que recibe su influencia y sus impactos. Las grandes ciudades son laboratorios de esa cultura contemporánea compleja y plural¹⁷.”

La transformación que se ha realizado en las ciudades, junto con las diversas culturas que se desarrollan en las mismas, es tan grande que se han convertido en un lugar privilegiado para la nueva evangelización (EG, 73). Ésta no parte de cero, pues, tras el sentido profundo de la vida que pone de manifiesto la lucha de tantos ciudadanos por sobrevivir, suele emerger un hondo sentido religioso que nos permite dialogar en torno a la plenitud de vida que sólo el Señor puede saciar (EG, 72). La ciudad es un ámbito multicultural en el que se requiere un diálogo constante entre los distintos grupos que la habitan. Lo que podría ser un precioso espacio de encuentro y solidaridad, se convierte con frecuencia en un lugar de la huida y la desconfianza mutua. De ahí la importancia que adquiere la Iglesia como servidora de este difícil diálogo (EG, 74) Dice Francisco que “el sentido unitario y completo de la vida humana que propone el Evangelio es el mejor remedio para los males urbanos” (...). Vivir a fondo lo humano e introducirse en el corazón de los desafíos como fermento testimonial, en cualquier cultura, en cualquier ciudad, mejora al cristiano y fecunda la ciudad” (EG, 75).

5. EL ANUNCIO DEL EVANGELIO

Ante los desafíos presentados anteriormente, hay que ofrecer respuestas adecuadas para que toda la Iglesia, dejándose regenerar por la fuerza del Espíritu Santo, se presente ante el mundo contemporáneo con un impulso misionero capaz de promover

¹⁶ Cf. C. M. Galli, *Dios vive en la ciudad. Hacia una nueva pastoral urbana a la luz de Aparecida y del proyecto misionero de Francisco*, Herder, Barcelona 2014, 51: “Este texto, nos dice su autor, piensa la evangelización de las ciudades, en particular de las que superan los cien mil habitantes. Considera, sobre todo, las megalópolis, una creación de la modernidad, especialmente en el siglo XX. Plantea la inculturación de la Iglesia en grandes ciudades como Buenos Aires, que en su mayoría están en los países del sur del mundo, no sólo en las sociedades occidentales hiper-modernas del norte, como a veces se sugiere. América Latina es la región con más alto índice de urbanización del planeta”.

¹⁷ CELAM, *Aparecida*, n° 509.

una nueva evangelización, sin olvidar que, siendo necesaria nuestra colaboración, el Reino de Dios viene al mundo no por nuestros medios sino como don y milagro del propio Dios, por lo que la misión apostólica, aunque nos urja, no ha de ser vivida con angustia¹⁸. El diálogo que la fe cristiana viene manteniendo desde el Vaticano II con la cultura moderna y postmoderna, tras muchos años de desencuentro, nos ha enseñado que “el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado” (*Gaudium et spes*, 22). Por lo tanto, difícilmente podremos ayudar a los hombres y mujeres de nuestro mundo si escondemos el único tesoro que hemos recibido y que tenemos que compartir con ellos mismos: el anuncio explícito de Jesucristo.

El tercer capítulo de la exhortación *Evangelii gaudium* lleva por título “El anuncio del Evangelio”. Al comienzo del mismo Francisco escribe: “no puede haber auténtica evangelización sin la *proclamación explícita* de que Jesús es el Señor” y sin que exista “un primado de la proclamación de Jesucristo en cualquier actividad de evangelización” (EG, 110). Estas palabras están muy en consonancia con lo que Pablo VI escribía en *Evangelii nuntiandi*:

“No hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios” (nº 22).

Y, más adelante, señala:

“La evangelización también debe contener siempre -como base, centro y a la vez culmen de su dinamismo- una clara proclamación de que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios (nº 27).

5.1. *Todo el Pueblo de Dios anuncia el Evangelio*

Lo primero que nos dice Francisco es que todo el pueblo de Dios anuncia el Evangelio, es decir que la evangelización es tarea del conjunto de la Iglesia, pues siendo ésta un misterio que hunde sus raíces en el Misterio de la Trinidad, se manifiesta en la historia como un pueblo que peregrina hacia Dios. Es decir, no se puede entender a la Iglesia sin considerar su fundamento último en la libre y gratuita iniciativa de Dios. Recoge aquí lo que dice el Vaticano II en los capítulos primero y segundo de *Lumen gentium*. Por un lado, la Iglesia es don de Dios, y nunca una realidad construible por los hombres y, por otro, es humanidad, libertad, historia, colaboración, pueblo. Es a la vez iniciativa divina e iniciativa humana. En el comienzo de la Iglesia y de su actividad está la *primacía de la gracia*, que debe ser un faro que alumbre permanentemente toda reflexión sobre la evangelización (cf. EG, 112).

Y la salvación, que ofrece Dios y la Iglesia anuncia y hace presente con su vida, es para todos. La Iglesia nos llama a participar en esta salvación no de forma aislada sino como pueblo. De ahí que en medio del mundo la Iglesia tiene que ser fermento de la misericordia divina, al tiempo que ámbito donde se puede ya experimentar esta misericordia gratuita en forma de acogida, perdón y aliento a vivir el Evangelio.

¹⁸ Francisco describe y critica como una tentación de los agentes pastorales la “acedia pastoral”, consecuencia de una falta de espiritualidad que impregne la acción y la haga deseable. “El inmediatez ansioso de estos tiempos hace que los agentes pastorales no toleren fácilmente lo que significa alguna contradicción, un aparente fracaso, una crítica, una cruz” (EG, 82).

Esto Pueblo de Dios, nos dice el Papa, se encarna en los distintos pueblos de la tierra, cada uno de ellos con su cultura propia. Ahora bien, a lo largo de 2000 años de historia, la fe cristiana se ha encarnado en innumerables pueblos y, si bien es cierto, como señalaba Pablo VI en *Evangelii nuntiandi*, que el evangelio no se identifica con ninguna cultura, el cristianismo, escribió Juan Pablo II, “permaneciendo plenamente uno mismo, en total fidelidad al anuncio evangélico y a la tradición eclesial, llevará consigo también el rostro de tantas culturas y de tantos pueblos en que ha sido acogido y arraigado”¹⁹.

Desde este punto de vista, Francisco considera que la diversidad cultural no amenaza la unidad de la Iglesia, pues el Espíritu Santo, a la vez que es el vínculo de amor entre el Padre y el Hijo, construye la comunión y la armonía del Pueblo de Dios. Por tanto, si bien en el proceso de evangelización de las culturas no es indispensable imponer una determinada forma cultural, aunque el anuncio evangelizador conlleva siempre algún ropaje cultural, también es cierto que no se puede sacralizar la propia cultura, cayendo en el fundamentalismo.

Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús. Por tanto, somos *discípulos misioneros*. Todo discípulo se constituye en misionero, cualquier que sea su función en la Iglesia y su grado de ilustración de la fe. Acordaos, dice el Papa, de la samaritana: apenas salió de su diálogo con Jesús se convirtió en misionera, y muchos samaritanos creyeron en Jesús por la palabra de la mujer (EG, 120). Hay aquí una llamada de Francisco a salir de nuestros miedos y de esas posturas cómodas por las que nos autojustificamos diciendo que “yo no sé” y que esa tarea corresponde a otros más preparados dentro de la Iglesia. El Papa nos dice que debemos crecer en formación, en la profundización de nuestro amor y en un testimonio más claro del Evangelio, pero esto no puede ser a costa de postergar nuestra tarea evangelizadora. Al contrario, “la misión es un estímulo constante para no quedarse en la mediocridad y para seguir creciendo” (EG, 121).

Francisco, en esta línea, reconoce la importancia que tiene la *religiosidad popular*. Ésta es la expresión de una fe que se ha encarnado en una determinada cultura y que se sigue transmitiendo. Aunque a veces se la ha mirado con recelos, reconoce el Papa que esta piedad popular, sobre todo después de la *Evangelii nuntiandi*, que le dio un impulso decisivo, es una verdadera espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos. Esta realidad sólo se la puede entender cuando uno se acerca a ella con la mirada del Buen Pastor, que no busca juzgar sino amar. “En la piedad popular, dice el Papa Francisco, por ser fruto del evangelio inculturado, subyace una fuerza activamente evangelizadora que no podemos menospreciar: sería desconocer la obra del Espíritu Santo. Las expresiones de la piedad popular tienen mucho que enseñarnos y, para quien sabe leerlas, son un *lugar teológico* al que debemos prestar atención a la hora de pensar en la nueva evangelización” (EG, 126).

También da importancia el Papa a una forma de evangelización que consiste en llevar el Evangelio a aquellos con los que compartimos la vida en el día a día: en la calle, en la plaza, en el trabajo, en un camino. Todo comienza con un diálogo personal en el que se expresen las alegrías, las esperanzas y las inquietudes por sus seres queridos, por aquellas cosas que llenan nuestro corazón. Sólo entonces, después de esta conversación,

¹⁹ Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, 40.

es importante presentar la Palabra en forma de *kerygma*: el amor personal de Dios que se hizo hombre, se entregó por nosotros y está vivo ofreciendo su salvación y amistad. Incluso, dándose las condiciones, es bueno que este encuentro fraterno y misionero termine en una breve oración que se conecta con las inquietudes que la persona ha manifestado.

El Papa reconoce la importancia que tienen los diversos carismas que suscita el Espíritu para la tarea evangelizadora. Ahora bien, el criterio de su eclesialidad no es otro que la comunión que tiene que procurar con otros carismas y sensibilidades existentes en la Iglesia. Hay aquí una clara denuncia de Francisco a los particularismos y exclusivismos que atentan contra la unidad de la Iglesia, lo que impide que la evangelización dé sus frutos.

Tan importante como el anuncio del Evangelio a las personas es el anuncio del mismo a las culturas profesionales, científicas y académicas. “Se trata del encuentro entre la fe, la razón y las ciencias, que procuran desarrollar un nuevo discurso de la credibilidad, una original apologética, que ayude a crear las disposiciones para que el Evangelio sea escuchado por todos” (EG, 132).

5.2. La homilía y la preparación de la predicación

El Papa Francisco dedica una serie de números a la importancia de la homilía y su preparación para la predicación (135-159). De la homilía dice que “es la piedra de toque para evaluar la cercanía y la capacidad de encuentro de un Pastor con su pueblo” (EG, 135). Respecto a la importancia de la preparación dice que “la preparación de la predicación requiere amor. Uno sólo le dedica un tiempo gratuito y sin prisa a las cosas o a las personas que ama; y aquí se trata de amar a Dios que ha querido *hablar*” (EG, 146). Francisco también se refiere a la *lectio divina* como forma concreta de escuchar lo que el Señor nos quiere decir en su Palabra y de dejarnos transformar por el Espíritu (EG, 152). La *lectio divina*, en cuanto ejercicio ordenado de la escucha personal de la Palabra, sigue siendo el método privilegiado para leer la Escritura. La *lectio* es un escuchar, un recibir la Palabra como don. En la Escritura no debemos buscar algo que manifestar a los demás o algo que nos interese: debemos dejar que Dios nos hable. “Un predicador es un contemplativo de la Palabra y también un contemplativo del pueblo (...) Se trata de conectar el mensaje del texto bíblico con una situación humana, con algo que ellos viven, con una experiencia que necesite la luz de la Palabra” (EG, 154). Hace una invitación a los sacerdotes, diáconos y laicos para que se reúnan periódicamente para encontrar juntos los recursos que hacen más atractiva la predicación.

5.3. La profundización del Kerygma

Tan importante como el primer anuncio, por el que la persona escucha por primera vez la llamada a participar del amor salvador de Dios encarnado en Jesús, es el crecimiento en el conocimiento de la Buena Nueva del Evangelio y las implicaciones que suponen para la vida. Esto se corresponde con lo que nos dejó el Señor: “enseñándoles a observar todo lo que os he mandado” (Mt 28, 20). Este crecimiento en la fe no se reduce sólo a lo doctrinal, sino que incluye fundamentalmente realizar todo aquello que nos ha indicado como respuesta a su amor, es decir, crecer en el mandamiento nuevo que nos identifica como discípulos: “Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros como yo os he amado” (Jn 15, 12). Teniendo siempre muy claro que Él nos ha amado primero, y

que su amor es la condición de posibilidad de nuestra progresiva santificación. Como escribe al principio de la exhortación, “la comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha *primereado* en el amor (cf. 1 Jn 4, 10); y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos” (EG, 24).

Para llevar esto a cabo tenemos como elementos fundamentales la *catequesis* y la *educación*. La catequesis no supone dejar a un lado la proclamación del kerygma, sino todo lo contrario, su profundización, que supone en el que escucha un hacerse carne en su vida cada vez más y mejor. Una catequesis *kerigmática* supone que el amor salvífico de Dios es previo a la obligación moral y religiosa, que no impone la verdad y que apela a la libertad, que posee unas notas de alegría, vitalidad, estímulo y una integralidad armoniosa que no reduce la predicación a unas pocas doctrinas, a veces más filosóficas que evangélicas. La catequesis ha de ser también *mistagógica*, es decir, ha de procurar un crecimiento formativo en el que intervenga tanto la comunidad como una renovada valoración de los signos litúrgicos de la iniciación cristiana.

Sin olvidar la atención que debe prestar también la catequesis al “camino de la belleza”: “se trata de recuperar la estima de la belleza para poder llegar al corazón humano y hacer resplandecer en él la verdad y la bondad del Resucitado” (EG, 167). Por último, la catequesis no debe olvidar su dimensión moral, por la que invita a crecer en fidelidad al estilo de vida del Evangelio. Ahora bien, el Papa nos pide que en vez de hacerlo con tonos apocalípticos, que nos identifiquen con los profetas de calamidades, lo hagamos como alegres mensajeros de propuestas superadoras, que resplandecen en una vida fiel al Evangelio.

Todo esto requiere, en palabras de Francisco, por parte de los evangelizadores, saber acompañar los procesos de crecimiento de la gente. Acompañamiento que no es una terapia que encierra a las personas en sí mismas, impidiéndoles que peregrinen con Cristo hacia el Padre, sino que desde la prudencia, la capacidad de comprensión, el arte de esperar, la docilidad al Espíritu, podamos cuidar a todos aquellos que se nos confían para librarlos de los que quieren disgregarlos de la Iglesia. Un buen acompañante, dice el Papa, “siempre invita a curarse, a cargar la camilla, a abrazar la cruz, a dejarlo todo, a salir siempre de nuevo a anunciar el Evangelio” (EG, 172).

Por último, la evangelización se fundamenta en la Palabra de Dios, escuchada, meditada, vivida, celebrada y testimoniada. Razón por la que hemos de formarnos continuamente en la escucha de la Palabra. La Palabra de Dios transmitida por la Sagrada Escritura es uno de los medios más importantes a través de los cuales Dios nos interpela y nos comunica el don de su vida. Leer la Sagrada Escritura frecuentemente no es un lujo reservado a ciertas personas que tienen tiempo y gusto por la exégesis. Es una necesidad absolutamente vital para todos los cristianos, sobre todo en el mundo actual. Es tal el ambiente de inestabilidad y de confusión que tenemos necesidad urgente de conocer la Escritura como fuente inagotable de luz y de fuerza, como roca en la que sustentarnos.

Tenemos en la Escritura un tesoro valioso para ir adquiriendo mediante la escucha asidua de la Palabra “la mente de Cristo” (1 Cor 2, 16), es decir, su modo de pensar, su sensibilidad, sus valores, su adhesión al Padre, su debilidad por los pobres. Así la Palabra nos convierte y nos introduce progresivamente en el proyecto divino de la salvación. Nos mueve a reconstruir una y otra vez el edificio de la comunidad cristiana. Nos ofrece un

rayo de luz y un bálsamo de consuelo en los momentos de angustia. Nos da coraje, solidaridad, conciencia de nuestra fragilidad, vigilancia sobre nuestras ambiciones superficiales, fidelidad para cumplir nuestra misión, esperanza para perseverar sin desmayo. Es una palabra *viva y actual* que se pronuncia para mí o para una concreta comunidad cuando la estoy escuchando. El Espíritu Santo la reaviva para salvación de quienes la escuchan con fe. Por eso el Papa Francisco ha escrito:

“La lectura orante de la Palabra de Dios, más dulce que la miel (Sal 119,103) y espada de doble filo (Hb 4,12), nos permite detenernos a escuchar al Maestro para que sea lámpara para nuestros pasos, luz en nuestro camino (Sal 119,105)” (GE, 156).

6. CONCLUSIÓN

Por grandes que sean los desafíos de nuestro mundo, no debemos olvidar que el anuncio del Evangelio se ha enfrentado ya a situaciones parecidas. Ceder ante el desencanto, el desánimo y las lamentaciones por una realidad que se construye al margen de Dios nos aproxima a los discípulos de Emaús, abatidos y escandalizados porque las cosas no han salido como habían soñado. Su opción parece ser la de una *Cuaresma sin Pascua* (EG, 6). Ante esta situación, Francisco ve la necesidad de una Iglesia capaz de acompañar en el camino, que pueda descifrar las razones por las que tanta gente se aleja, que sepa *inflamar el corazón*, que pueda hacer volver a los que se han alejado de casa. Esto no es posible vía moralismo o voluntarismo centrado en uno mismo y en sus fuerzas. Como escribió Benedicto XVI, y Francisco nos recuerda, “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”²⁰. Es este encuentro con el amor de Dios, manifestado en Cristo muerto y resucitado, el que, sacándonos de nuestra autorreferencialidad, renueva nuestra vida y nuestra comunidad, posibilitando que toda acción evangelizadora sea siempre “nueva” y permitiéndonos “conservar la alegría en medio de una tarea exigente y desafiante que toma nuestra vida por entero” (EG, 12).

Es esta alegría del evangelio la que es capaz de contagiar a otros, de forma que la Iglesia crece por atracción y no por proselitismo (EG, 14). Es una alegría misionera que presenta la dinámica del éxodo y del don, de salir de sí, de ir siempre más allá, a la búsqueda de lo que nuestro mundo considera excluido. De ahí la llamada de Francisco a la transformación misionera de la Iglesia, de forma que se convierta en una Iglesia en salida, sin miedo de salir al encuentro de las periferias humanas, para lo cual ya no nos sirve una *simple administración* de lo que tenemos.

Las palabras siguientes de Francisco, con las que termino, expresan de forma concisa lo que tiene que ser la tarea central de la Iglesia:

“Salgamos, salgamos a ofrecer a todos la vida de Jesucristo. Repito aquí para toda la Iglesia lo que muchas veces he dicho a los sacerdotes y laicos de Buenos Aires: prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos. Si algo debe inquietarnos santamente, y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de

²⁰ Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 1.

sentido y de vida. Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras afuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: “¡Dadles vosotros de comer!” (*Mc 6, 37*)²¹.

Avelino Revilla Cuñado
Vicario General
Archidiócesis de Madrid

²¹ *Evangelii gaudium*, 49.